

## LAS HERMANAS DE LA CARIDAD

Donde se comprueba de manera más perfecta la obra de Cristo sobre la tierra es en la historia de las comunidades religiosas. El paganismo no concibió nunca la heroica mansedumbre que anima a los apóstoles del Evangelio. Se necesita estar envuelto en la locura de la cruz para abandonar el lujo, la comodidad y los placeres, y marcharse a regiones desconocidas a domar la ferocidad de los salvajes, instruir al ignorante, vestir al desnudo, sanar al enfermo, amparar al necesitado, prefiriendo a los laureles de la gloria las palmas del martirio.

La virtud callada de las Hermanas de la Caridad difunde en todos los países y en todos los climas, en los hielos del polo y en los fuegos del trópico, en medio de las multitudes o en la soledad de los desiertos, el caudal de aquella celestial doctrina "que no sólo es bálsamo para las dolencias del alma, sino antídoto para las pasiones que trabajan y combaten el corazón del hombre".

La fortaleza del cristiano radica en la caridad que acostumbra definirse, según Santo Tomás, como una virtud sobrenatural por la que amamos a Dios por sí mismo y al prójimo por amor de Dios. Esta virtud se manifiesta en palabras, acciones y obras benévolas, que son al propio tiempo consuelo, enseñanza, misericordia, medicina y consejo. De ella da testimonio el Apóstol de las gentes en sus peregrinaciones por ciudades, islas, mares, llanuras y montañas, predicando el Evangelio en los altares del paganismo, aceptando con humildad la befa y el ludibrio y elevándose hasta la colina del Calvario desde la ignominia de su patíbulo. Fulgor inagotable de caridad derraman San Francisco de Asís, San Vicente de Paúl, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, propagando con el ejemplo, con la santidad y con el martirio la fe de Cristo, en medio de naciones sojuzgadas por la herejía o envilecidas por la ignorancia y la barbarie. Y es la caridad la que impulsa a Santa Rosa de Asís, a Santa Isabel de Hungría, a la excelsa constelación de mujeres franciscanas de la Edad Media, a repartir el oro y la púrpura de su regalada cuna entre las clases desamparadas, besando las propias llagas de los leprosos como si en ellas estuviera palpitante el corazón de Dios.

La caridad siente el estado de indigencia ajena y, al remediarlo el caritativo verdadero, se compenetra del estado de ánimo del pobre; mas, por encima de esa identificación de espíritu están el juicio y la prudencia. La

virtud de la justicia, que evita parcialidades, se impone en la práctica de la caridad, tanto más cuanto mayor es el grado de cultura de los pueblos. Este sentimiento de equidad y de misericordia es el bálsamo de las sociedades cristianas, cuyo verdadero objetivo es proteger la ignorancia de los niños, la necedad de los necios y la debilidad de los enfermos.

Al dedicar Luis Vives a Carlos V, su agusto soberano, la obra monumental sobre la concordia, rompe con estas palabras que parecen escritas en la época tormentosa en que nos ha tocado vivir:

"A causa de las continuas guerras que, con increíble fecundidad, han ido naciendo unas de otras, ha sufrido toda Europa tantas catástrofes que, en casi todos los aspectos, necesita una grande y total reparación. Pero ninguna cosa le es tan necesaria como una paz y concordia que se extiendan a todo el linaje humano. Devastados están los campos y desiertos; los edificios de las poblaciones, en ruinas; las ciudades, unas por tierra y otras des pobladas en absoluto; los alimentos raros y a precios fabulosos; las ideas, tan pervertidas, que a los crímenes se les aplaude como a hechos meritorios. Todo está pidiendo y exigiendo una reparación y reconstrucción, lo más amplias posibles y a gritos nos están diciendo los tristes restos de aquellas grandes cosas, que no pueden sostenerse, si no se acude pronto a reparar la ruina."

Hoy sí que se necesita emprender una nueva cruzada, no ya para la reconquista del Santo Sepulcro, sino para restaurar la Cristiandad. El hombre "animal santo", que dijo Séneca, ha vuelto a descender al nivel de las bestias carnívoras. Se lucha en el agua, en la tierra, en las profundidades del mar y en los abismos del cielo. Los combatientes no respetan ya ni los museos, ni los palacios, ni los templos, la niñez desamparada, ni la ancianidad desvalida. Cristo reclinado en su tosco lecho de cruz recibe cada día este mensaje de tormentos. ¡Triste condición la del hombre que, saciándose del lujo, del amor, del placer, de lo único que no se sacia es de hacer la guerra!

Asistimos hoy al desmoronamiento de todos los valores representados por el cristianismo: unidad, fortaleza, caridad, templanza, justicia. A la palabra de celestial sustancia: "Sed buenos y mansos", se ha sustituido el aforismo del filósofo que dijo: "Sed duros." El hombre moderno, en vez de utilizar la razón y la inteligencia para adorar a Dios y servir al prójimo, levanta con ellas la diabólica arquitectura de la muerte. Esto indica que hemos perdido la ruta y que se ha roto la brújula moral del derecho. De todos los nombres de Cristo ninguno cuadra de manera tan perfecta a su divina naturaleza y a su misión terrestre como el de Príncipe de la Paz. El vino a predicar la unidad específica del género humano, por medio del dogma del Paraíso; la fraternidad entre los hombres, con la parábola del buen samaritano; y la suprema mansedumbre, padeciendo persecuciones, blasfemias, escarnios, deshonor, tormentos y muerte ignominiosa. Colinas de paz son todas aquellas donde sopla el viento del Espíritu Santo: el Sinaí, el Tabor, el Calvario, el Vaticano. Por esto, en medio de un mundo despedazado, resuenan como un eco del Evangelio, universalmente respetadas, las palabras del Sumo Pontífice Pío XII, cuya fuerza no se levanta en la gloria

de las escuadras y cuya mansedumbre se simboliza en la lámpara de aceite que, en la soledad de las basílicas, adelgaza su lumbré ante los resplandores de la Eterna.

La paz social se ha roto también, porque se ha olvidado el divino mandato que nos obliga a compadecernos de los humildes. La cantidad de dolor que hay en uno solo de los barrios pobres de nuestras grandes ciudades es inmensa como el mar y como el desierto. El trabajo humano se ha vuelto una mercancía y el hombre, criatura de Dios, es un esclavo de la máquina. El salario familiar, el descanso dominical remunerado, las garantías laborales, el buen trato, la educación, la higiene, convierten al obrero en un agente del capital y secan los torrentes del odio. La Iglesia Católica es centro de unidad y disciplina social, escudo de la justicia, refugio de los oprimidos, y aurora de la libertad y del derecho. Pidámosle a Dios que extienda su divina misericordia para aplacar las tempestades de la anarquía y que ardan siempre las llamas de su corazón traspasado para desleir los hielos del egoísmo.

De todos los preceptos de la caridad el más imperativo y saludable es enseñar al que no sabe. En este campo es donde se abren espacios ilimitados a la actividad bienhechora de los adalides de Cristo. Adelante de la granada imbecil, de las legiones motorizadas o de las escuadrillas de bombardeo, que están arrasando los sitios más encantadores del planeta, va la enseñanza de un mundo al cual se le había anunciado la muerte de Dios. En los bancos de la escuela será preciso iniciar la reconstrucción de la humanidad en ruinas. Sólo puede educarse al niño partiendo de una interpretación del universo y de la misión que debe llenar en la tierra. La vida del hombre es la carrera de un atropellado cometa, y todos sus pasos deben dirigirse hacia la fuente del amor, de la justicia y de la misericordia. Procurar este fin debe ser la obra del educador.

Las Hermanas de la Caridad constituyen hoy uno de los más lucidos escuadrones de Cristo. En todos los continentes ellas fundan leprosorios, atienden los hospitales, cuidan de los enfermos y propagan la verdadera sabiduría. Hay que pensar lo que significa para ellas, como lo recuerda Chateaubriand, "el abandono de los placeres de la vida, la pérdida de la juventud y de la belleza, el renunciamiento a una familia, a un esposo, a la esperanza de una posteridad. Hay que pensar en lo que entrañan los sacrificios del corazón, lo que representa sofocar los más dulces sentimientos del alma, menos la piedad que, en medio de tantos dolores, se convierte en un tormento más". Se refiere el caso de muchos enfermos, que se han incorporado en su lecho de agonía, para vilipendiar a estas criaturas angelicales porque eran mensajeras del cristianismo. Ellas han pagado el agravio con delicadezas maternas, repitiendo al oído del moribundo, un nombre de infinita dulzura que abre en los abismos de la muerte los resplandores del cielo.

En vano ha tratado una escuela materialista y anticristiana de reemplazar con enfermeras, en los hospitales, a las Hermanas de la Caridad. Ellas curan, no solamente las heridas del cuerpo, sino aquellas otras, más amargas aún, que brotan en este misterioso corazón humano que no se sacia

sino con lo inaccesible e infinito. "El alma es un convidado hambriento desde hace siglos y no hay necesidad de llamarla dos veces al festín nupcial." ¡Cuántos desesperados han vuelto a la vida guiados por una mano tierna y misericordiosa! Las Hermanas de la Caridad son ángeles guardianes de los frutos del Espíritu Santo que, según la epístola de San Pablo a los Gálatas, son "amor, y gozo, y paz, y sufrimiento, y largueza, y bondad, y larga espera, y mansedumbre, y modestia, y templanza, y limpieza". Con incomparable ternura se inclinan sobre el lecho del enfermo, enjugan sus llagas, calman sus dolores, respiran con él el mismo aire, confortan su ánimo y derraman sobre la cabeza abatida el óleo de la esperanza. Contemplando estos ejemplos de caridad excelsa, inspirados por la pasión de Cristo, se comprende que el madero de la cruz es el árbol de la vida, por cuyo fruto todos los mortales pueden alcanzar la vida eterna.

Como educadoras, las Hermanas de la Caridad son irremplazables, porque prolongan en la escuela las ternuras y delicadezas de la casa. Los que hemos tenido la fortuna de transitar por esos claustros venerables, conservamos de ellas un recuerdo dulcísimo, como si fuera el de nuestro último amor. Con las Hermanas aprendimos las primeras letras, las más bellas oraciones, las más suaves plegarias. Con ellas bebimos el agua de los ríos natales, seguimos el camino de las mariposas, y edificamos la cambiante arquitectura de nuestros sueños. Loen unos su abnegación, otros su ciencia, otros su modestia, que, para nosotros, su recuerdo es un sitio constelado de lágrimas...

SILVIO VILLEGAS

## SIGNIFICACION MUSICAL

I.—La música es una expresión sensible de belleza, del mismo modo que lo son la poesía y las artes plásticas; pero si a través de éstas vislumbramos con claridad las ideas inspiradoras, el significado de la música nos sume en confusión y oscuridad. Lo bello —idea y forma— se muestra en la música con fascinante esplendor; sus sonidos son recogidos con plenitud por los sentidos, pero el entendimiento se extravía cuando trata de penetrar en su fondo misterioso. Esta dificultad nos ha llevado a dudar alguna vez de su virtud comunicativa y si pensáramos como Tolstoi, de su valor artístico, el escritor ruso creía, en efecto, que el arte era el poder de trasladar, intacta, una impresión bella al espíritu de los demás, y para alcanzar esta aspiración es necesario trasladar conjuntamente forma e idea, y esto es bien difícil en la música.

Ella nos oculta, indudablemente, un significado, una idea creadora; nos agrada y no sabemos por qué; su huella es imprecisa y nuestra sensibilidad la escucha admirada y complacida, pero la conciencia no se tranquiliza sabiendo de la música que es "arte de expresar determinados senti-

